17

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

UN

LIBRO FUNESTO

(PEQUEÑECES... DEL P. COLOMA)

SEGUNDA EDICIÓN

1891

LIBRERÍA DE LÓPEZ, EDITOR

20 — RAMBLA DEL CENTRO — 20

BARCELONA.

ANT
XIX
990/17

Obras de Martinez Barrionuevo

EL DECÁLOGO

AMAR Á DIOS (2.ª edición)	1'50 pesetas.
NO JURAR	1'50 »
SANTIFICAR LAS FIESTAS	1'50 »
HONRAR PADRE Y MADRE	1'50 »
NO MATAR	1'50 »
NO FORNICAR (3.ª edición)	1'50 »
NO HURTAR	1'50 »
EL FALSO TESTIMONIO	1'50 »
LA MUJER AJENA	1'50 »
LOS BIENES AJENOS	1'50 »

LA CONDESITA	2	»
EL SEPULTURERO DE ALDOBA	3	»
LA GENERALA (2.ª edición)	3	»
LA QUINTAÑONES	4	»
SEÑORES DE SALDIVAR. 2 tomos	6	»
EL PADRE ETERNO (2.ª edición)	4	»
LOS GRANDES CRIMINALES. Cuaderno	50	»
ANDALUCÍA, edición monumental. Cuaderno	1	»
JUANELA	3	»
DE PURA SANGRE	3'50	»
UN LIBRO FUNESTO	1	»

UN LIBRO FUNESTO

R. 211741
ANT
XIX
990/17

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

UN

LIBRO FUNESTO

(PEQUEÑECES... DEL P. COLOMA)

SEGUNDA EDICIÓN

1891

LIBRERÍA DE LÓPEZ, EDITOR

20 — RAMBLA DEL CENTRO — 20

BARCELONA.

Es propiedad

Barcelona: Imp. de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.

Sr. D. Inocente López.

Amigo mío:

Accedo muy gustoso á su proposición de coleccionar los artículos sobre la novela del P. Luis Coloma, que vienen publicándose en La Ilustración Ibérica, *para lo cual le incluyo los que acabo de escribir.*

Doy á V. gracias por sus frases de elogio y crea que no fué mi intento producir sensación al escribirlos. No quise defender á la aristocracia, ni quise atacar tampoco á Coloma, valiéndome de armas rastreras, sino exponer algunas sencillas verdades, que han producido más efecto del que yo esperaba. Más

vale así, porque siempre nos recrea recoger el fruto, y más teniendo la tranquilidad augusta de haber sembrado excelente semilla.

Reiterándole el testimonio de mi amistad, quedo de V. atento S. S. q. s. m. b.

MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

10 de mayo de 1891.

UN

LIBRO FUNESTO

I

PEQUEÑECES...

La cuestión importante de hoy ya está visto cuál es: una novela. ¡Quién lo había de decir! ¡La literatura ocupando, siquier algunos días, puesto de honor entre los españoles! Era un contrasentido, un absurdo, una payasada del acaso; no podía ser, y por eso se quitó muy pronto á la novela del P. Coloma su importancia literaria, punto de vista por el que se debía tomar solamente, para darle la que nuestra nación puede dar á un libro, si le da alguna.

Todo es hoy declamar sobre su trascendencia política, sobre su trascendencia social, *alguna cosa* sobre su trascendencia moral, y á la trascendencia literaria que la parta un rayo.

No leo un periódico que no hable de *Pequeñeces*... pero nada en concreto. Lo que yo quisiera leer no sale nunca; si salió no lo he visto: algo hondo, serio, que enseñe, que encauce, que haga pensar y que ayude al juicio. No; gacetillas y más gacetillas, columnas rebosando los encomios de rigor, con la variante de ser más acentuados, pero idénticos á los demás; excepción hecha de algunos artículos, entre ellos uno de Mariano de Cavia, y el estudio de D.ª Emilia Pardo Bazán en el *Nuevo Teatro Crítico*. Lo que escribió Cavia, con el donaire y gracejo de todo lo suyo, regocija sin duda; pero no hay que tomarlo sencillamente como una demostración graciosa; la carcajada que sigue á la lectura de sus tres últimas líneas hace pensar seriamente, con ser carcajada y todo.

Los que hasta aquí hablaron de esa obra no han visto lo que en sus páginas hay, porque les cegó tal vez el brillo de la preciosa ratita de oro, su personaje principal. Hay algunos, también, que no han querido verlo.

Convengamos en que la novela del jesuita merece el nombre de ruidosa que Emilia Pardo le da... y no ha de salir nadie diciendo que el número de las nueces no corresponde al ruido que armó, no porque deje de haber quien lo crea, sino porque no habrá quien lo diga. En llegando á *esta* parte hay que detenerse. Como á martillazos clávase el pensamiento, aunque no quiera, en un punto muy peregrino, que explica con mucha claridad la ventaja mayor que ha llevado el P. Coloma.

¿Sabéis cuál es esa ventaja? La de que nadie se atreva á decir toda la verdad de la impresión que *Pequeñeces*... le haya hecho. Una parte de la prensa, la liberal, no lo dice por el deleite sabrosísimo con que ve sudar la gotita de sangre de los hondos latigazos á la aristocracia, á quien odia. En cuanto á la prensa dinástica, conservadora ó retrógrada, vamos á ver ¿quieren ustedes decirme con qué pluma y en qué papel escribe la prensa dinástica, retrógrada ó conservadora, para hablar mal de un clérigo, sea jesuita ó no?

Arrancados así los dientes al lobo con una inteligencia y suavidad que pone admiración, se metió el libro en el mundo como Pedro por su casa, de tal modo que es ya imposible echarle fuera, aunque falta ahora saber si merece quedar por sus cualidades y en sitio muy visible; y eso procuraré analizarlo en hora oportuna y con razones que tendré por mesuradas, según la buena fe de mi corazón y la sencilla claridad que en el libro hay, para quien quiera tener ojos.

Habiendo *entrado* ya *Pequeñeces*... se convirtió en escándalo el ruido. Se me ocurre aquí una pregunta: si Pérez Galdós hubiese escrito esa obra, ¿sería la sensación tan grande? Ja-

más. No se me arguya que habría causado menos sensación porque la novela no hubiese tenido igual alcance, salida del crisol limpio, sano, hondo, del P. Galdós, que saliendo del otro, dorado y pulimentado, del P. Coloma; y adviértase que doy aquí á los dos idéntico nombre porque, en lo referente á la novela, lo que es á *padre* no quiero yo que haya quien se ponga enfrente de Pérez Galdós, ni querrá ningún nacido ponerse tampoco. Lo vuelvo á decir: jamás tendrían las *Pequeñeces*... de Galdós la resonancia que tuvieron las de Coloma. Hay dos puntales donde se sostiene todo el brillante artificio de la novela del jesuita: uno, su sotana; otro, la sociedad á quien en su libro apuñaló. Eso, eso es lo que conmueve al espectador de *fuera*, lo que le hace palpitar, acicate que en el ijar se le hunde y rienda á la vez que á la librería le dirige. Porque ¿cómo ¡gran Dios! puede concebir nadie que un clérigo azote con cilicio de clavos á un aristócrata?—¡La nobleza y el clero dándose de cachetes!—dicen, sin meterse ya en profundidades, de que no es á la nobleza sólo á quien el padre Coloma fustiga, ni las razones que tenga para ello, sino que un cura pega á la aristocracia.

¡El clero en contra de la nobleza! ¡Ursus mordido por Homo! ¿Puede haber otra cosa de más curiosidad ni de tanto atractivo, por esa misma curiosidad que produce?

Algunos errores encuentro en las sutilezas dogmáticas de la maestrica gallega. No los menciono porque no es preciso para el asunto que me propuse. Hay que confesarlo también; en esos errores no debe uno fijarse esencialmente, porque son hijos de la manera de ver, de la de sentir, del *enfocamiento*, si se quiere. Calificando yo esos errores, podría caer en ellos; pero hay otros que son de apreciación. Convengo en que Coloma no anduvo con machaquerías de lente ni microscopio para enseñarnos á su condesa; convengo en que nos arrojó á la cara, con mucho donaire, esa bola de fango circuida de luz, sin valerse de minuciosas huronerías psicológicas, de una manera ruda, franca, por sus actos más que por sus pensamientos; que ya es difícil, y ya se necesita, en quien la magna empresa se propone, lo que todos hemos convenido que abunda en el P. Coloma, mal que pese á los gacetilleros anónimos de *La Correspondencia*. Se necesita, en fin, todo el *conocimiento de causa* que el

P. Coloma tiene. Pero, ¿no es exagerado? ¿No es injusto que de aquí quiera nadie sacar las consecuencias que la autora del *Nuevo Teatro Crítico* saca? Protesto: en lo que á Currita *se refiere*, Balzac, si viviera, estaría tranquilo.

No hay que dudar; no es el cuerpo, no es el espíritu de *Pequeñeces*... lo que más cautiva á la multitud; no es la estética, no es la moral, no hay orden político ni religioso que valga: no hay más que el ansia de ver en qué forma un tronco robusto se desgaja, y, partido ya en mitades (así lo cree la generalidad), colócanse estas mitades frente á frente en pugilato de quién más resiste; error craso, pues hasta hoy, yo lo entiendo así, la aristocracia, en lo referente á los ataques de Coloma, lejos de salir á su encuentro, se contentó con el papel de Cimodocea, aunque no es el que mejor le cae.

¿Quiere decir esto que el libro no deba ser estudiado desde todos los puntos de vista á

que aludí? De ninguna manera; hay que hacer un estudio de *Pequeñeces*... en el orden moral, de *Pequeñeces*... en el orden político-social, de *Pequeñeces*... en el orden literario, y resumir luego todo lo que resulte de *Pequeñeces*... en conjunto; pero sin prevenciones pecaminosas, sin timidez tampoco, porque la timidez aquí, estocada sería que contra el mismo observador se volviera, y con la independiente seguridad, desde luego, de que no es bastante para la sanción de ese libro que la Sra. Pardo *se lo ponga sobre su cabeza*.

Líbreme el cielo de dar á las anteriores frases la importancia de una negación absoluta. Voto, y de gran cuantía, es esta señora en asuntos literarios; pero un crítico de arte, en cualquiera de sus manifestaciones, que dice que no puede ser amigo de quien no piense como él, en asuntos que al arte se refieran, ¿puede ser voto desapasionado? ¿Puede uno entregarse á él sin prevención y sin estudiar primero lo que ha dicho? No. Para tragar su hostia, quien no sea fanático, tiene que saber antes si esa hostia está bendecida.

Abril, 6.

II

PEQUEÑECES...

EN EL ORDEN MORAL

Hace ya mucho tiempo que escribí el primer artículo relacionado con este asunto: fué á raíz de publicar D.ª Emilia el cuarto volumen de su *Nuevo Teatro Crítico*. Cerca de un mes durmió en cartera por unos escozores que me tenían entre vacilante y suspenso. Al de Pardo Bazán aludí en él, principalmente, porque fué el que se publicó de más importancia hasta entonces; ¡pero, gran Dios, lo que ha llovido en un mes sobre *Pequeñeces*..., y sobre el público, desde el cielo nunca claro, por más que se diga, de la prensa de España! De todo lo que leí, el robustecimien-

to saqué de la opinión que ya tenía formada y la convicción profunda de que á la Sra. Pardo Bazán debe estar aplanando el peso de una responsabilidad gravísima.

Quédense los pecadores llorando sus culpas ó encenagándose en ellas, que yo voy derecho al asunto. *Pequeñeces... en el orden moral:* de eso era de lo que yo quería hablaros, y doy principio. ¿Quién es ó quién trató el P. Coloma que fuese protagonista de su obra? La condesa de Albornoz; no puede negarlo nadie. ¿Qué es la condesita de Albornoz? Un monumento de vilezas; eso tampoco lo negaréis. Bien: pues la indecente, la desvergonzada, la cochinísima condesa de Albornoz, tiene, debajo de toda su asquerosidad, un no sé qué indefinible que seduce á los lectores superficiales, que son los que componen, por desgracia, la mayoría en nuestro país. La condesa de Albornoz, en resumen, si no resulta simpática, no es odiosa al lector tampoco, y eso es ya principio de que el pecado no parezca tan feo. ¡Eso es inmoral!

Haced de ahí punto de partida y continuemos en serias meditaciones; os convenceréis, con espanto, del error en que ha caído el P. Coloma, y digo error porque primero dejaría con-

denar mi alma que dudar de la buena intención de ese hombre virtuoso. Dejaos de frases retumbantes, que á ningún sitio de provecho conducen, y no aludo con esto al P. Coloma, que es muy natural, sino á la mayor parte de los que le ensalzaron. Ejemplo: el eterno Nombela en el eterno reloj de repetición de sus eternas cartas económicas. Otro escritor de renombre hay entre los muchos que de *Pequeñeces*... dieron su voto: Narciso Campillo. Algo de importancia había de esperarse de un talento superior como el suyo. Así fué; pero la segunda mitad de su trabajo no es, á mi juicio, lo que corresponde, no porque él no lo comprenda, sino por lo que ya dije, quizá, de que no hay quien embista al negocio cara á cara y con pecho franco. Se me figura, por otra parte, que dice ya mucho con aquello de que los jesuitas educan á esa aristocracia á quien tan bárbaramente escupe el fraile en su libro. El golpe es de enemigo implacable, terrible, cruento, pero se puede parar. No me incumbe decir cómo.

Volveré á Currita. ¿Intentó Coloma moralizar, presentándola como un mal ejemplo? Indudablemente; pero no lo consiguió. ¡Dios mío, si es lo más lógico! Para una novela moralizadora dadnos un protagonista que moralice; pero aquí los que tienen esa misión ¡son tan pequeños, tan insustanciales, tan raquíticos! Átomos en fin, que pululan al pie de aquella infame estatua de la condesa de Albornoz, de aquella artística diosa de fango puesta en la altura por el P. Coloma para que la vean todos y todos la escupan al pasar; pero *¡son tan admirables sus perfidias, tan divinas sus gatadas, sus monerías tan chistosas y tan verdaderas, tan natural su distinción en medio de su epicurismo y sus locas*

aventuras, que se olvida el lector de su interioridad negra para recrear el ánimo en el delicioso artificio de sus aparatosas exterioridades! Decidme ¿está ahí la moral? No.

Una Villasis de más empuje: esa es la protagonista que en *Pequeñeces*... hace falta. ¡Qué hermoso, qué sencillo ejemplo! Resta ahora saber presentarlo. Del tipo de la Villasis no se pueden sacar efectos de relumbrón como del tipo de Currita. ¡Qué amarga, qué irónica verdad es esa! Todos, admiradores y contrincantes de Coloma, convienen en que la clase que él pinta no es lo que más abunda, á Dios gracias. Si no es la que más abunda, ¿por qué escoger entre ella los personajes de ese libro, seco, desgarrado, astilloso, síntesis perfecta del aceramiento de corazón de quien escribe, ó de pasión enconada que ciega, ó de atolondrado juicio, en suma, que no se puede concebir en un hombre como el autor de *Pequeñeces*...?

¡Ah! Yo estoy seguro de que al P. Coloma no se le volverá todo restregarse con regocijo *las santas* y *nobles manos*. (Vellido, *Defensor de Granada.)* Me atrevo á jurar que *Pequeñeces*... no obstante su gigantesco triunfo, le ha dado muchas desazones, aparte de la honda y callada

desazón de haberlo escrito... Puede también que me equivoque. ¡Quién sabe! Porque si el mismo P. Coloma afirma en un lado que la materia que él escogió no es la más abundante, en cambio dice en otro que la mujer de la buena sociedad se podría dividir en tres grupos: «Las hay que, para ludibrio de su sexo, son en todo semejantes á los hombres, aunque mucho más hipócritas: las casadas, por temor á un escándalo que más tarde ó más temprano llega; las solteras, por temor de perder la pesca de algún cándido marido que les sirva más tarde de editor responsable... Las hay, y estas son las más numerosas, que no van á las reuniones atraídas por la sensualidad sino por la vanidad de los trapos y del lujo; no van á ver, sino á ser vistas, á lucir un pingajo nuevo que les atraiga la admiración y la lisonja de ellos y la envidia y la malevolencia de ellas.» ¡Con tan desconsoladora opinión de la mujer, puede que me equivoque, como antes dije, y que Coloma siga, en efecto, muy tranquilo, frotándose las santas y nobles manos! ¡Dios mío! ¿Es que no hay una sola mujer buena en la buena sociedad? ¿Y aquellas ciento veinte que sacó del *dessus du panier* del gran mundo la mano inexorable de la lógica de

los números? ¿Dónde están esas ciento veinte? ¿Por qué se esconden?

Lo que antes subrayé es de *La Gorriona*, esa *Gorriona*, la mejor de las novelas que escribió el Padre, según no sé quién... Vidart, creo. ¡Qué risa! La mejor novela de este autor es *Pequeñeces*... Y, á propósito de *La Gorriona:* ¿habrá alguien que me explique la relación que puede existir entre una aborrecible vieja, prostituta, que va á la cárcel por los escándalos que da en su tugurio de lenocinio, con una pobre mujer á la sombra de cuya inocencia cometen de las suyas algunos de esos señoritos desvergonzados de que tan honda anatomía hace el P. Coloma *con sus pinzas de plata?* Yo no lo sé.

Es muy posible que no conozcan los lectores de *Pequeñeces*... un libro titulado *La Providencia*: autor, fray Tomás. No hubo una señora Pardo que se valiese (advierto que no digo que abusase) de su prestigio, como eminencia literaria, para darlo á conocer. Estoy seguro, por otra parte, que, de haber hecho mención de *La Providencia*, nada agradable al autor hubiese dicho. ¡Ay! Es novela frailuna, es verdad; pero sencilla, candorosa, con personajes inocentes, del campo, insulsa, un tantico simple. ¡Pobre fray Tomás! No figuran en su novela damas indecentes; no hay ladrones elegantísimos y buenos mozos; no fuman las señoritas que acaban de salir del colegio; no se burlan los aman-

tes cínicos de un esposo ultrajado ante la faz misma de los tiernos hijos de la adúltera; no hay epigramas que hagan sangre y envenenen á la vez como puñaladas de rufián; no hay abismos tenebrosos donde se pierda con espanto el alma del lector, sin un rayo de luz, siquiera, á donde agarrarse un segundo para descansar de las horribles opresiones, ¡Pobre señor! En su novela no hay más que sentimiento, en su novela sólo hay moral.

Si al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable en el *dessus du panier* del gran mundo y sacó sólo catorce mujeres perdidas por ciento veinte mujeres honradas, ¿por qué, para predicar la virtud, se echa mano de una de las *catorce*, habiendo *ciento veinte* de las otras? Desengáñese el jesuita, desengáñense todos: hay gusanos que, si se golpean, crecen en vez de morir. De una mala mujer no se debe hacer jamás una heroína si se quiere avergonzar á esa raza y humillarla con la tonante y majestuosa voz del apóstol y del misionero. No; imposible, jamás. Para hacerles ver su ignominia se coge una de las buenas y se la coloca en la altura. Que la vean *las catorce* y así ejemplarice.

«Las damas de la nobleza española, prescindiendo de contadas excepciones, dejan bien puesto el pabellón; prepondera lo sano.» Si prepondera lo sano, ¿por qué fijarse en lo podrido de menor cuantía? ¿Por qué no se escribe la novela dando la sanción á lo bueno, sin meterse á profundizar en lo soez? Se expone Coloma á que le digan que lo hizo de ese modo, «porque en lo bueno no hay campo y en lo malo sí; porque la marquesa de Villasis no puede despertar el interés que la condesa de Albornoz; porque, entre una cúspide de fango y otra de nieve, se dirigen los ojos á la primera, dejando en vergonzosa postergación la segunda.» ¡Ay! no es tan condenable el jesuita por la materia que escogió como por el modo que tuvo de trabajarla. En su novela no se palpa la carne, pero se huele, que es mucho peor. El ciego colocará la mano en su llaga sin expresión ninguna de asco, porque no la ve; pero los ojos del espíritu están siempre, con la novela de Coloma, recreándose en un espectáculo voluptuoso y dañino. Admiro á Zola, pero me espanta. Mi espanto hace que concluya por olvidarme de mi admiración para detestarle. ¿Lo creeréis? Pues encuentro preferible su ruda

acometida, á esa diluición de moléculas imperceptibles, á esos vapores vagos de lubricidad mundana que brotan de cada una de las letras de *Pequeñeces*... para metérsenos en el corazón. Una mujer bien nacida, mejor dicho, bien criada (si hemos de convenir en que basta que una mujer sea bien nacida para ser mal criada) por mucha despreocupación que tenga, siente al cabo repugnancia de Zola y concluye por dejarle. Descuidad; Coloma no le repugnará nunca. ¡Puede vanagloriarse de ello! ¡Puede tener ese triste orgullo! El único hombre honrado que hay en el libro se apresura el autor á darle muerte cruenta, como para que no quede ni un aroma de virtud tampoco, en sus páginas desconsoladoras. Lo he de decir; la muerte de aquel hombre es lo que hay en el libro de más valor literario: no es de este lugar extenderse sobre eso. Creyéraseque Coloma se arranca el corazón y lo entierra antes de ponerse á escribir. Vanos son sus intentos de conmover, en las varias escenas de los niños, durante toda la obra. El lector más sensible comprende que en tal ó cual sitio debía llorar, pero no lo hace. ¿Sabéis por qué? Porque está enervado, porque está cohibido bajo el peso de otras sensaciones que le secan,

que le desgarran, que le esterilizan. El corazón rehuye una ternura que no le convence, que no le llena. Ya no quiere llantos; desea más de *aquello*, de lo sustancial, de lo apetitoso, de lo que alimentó su fibra innoble, de lo que la hizo sacudir. Es lo *otro* de Platón lo que ya rige; es la *bestia* de Maistre. ¡Qué angustia siento al confesarlo! Cuando moja la pluma en sangre ó en veneno, tiene el P. Coloma rasgos preciosísimos; cuando la moja en lágrimas, no escribe.

Más libros publicará el P. Coloma. Hé aquí mi invocación: ¡Dios piadoso, que conmueva en ellos antes que producir espanto! ¡Yo os hago, Señor, promesa solemnísima de ser devoto suyo para siempre si me hace llorar una vez sola! Y para los que estén en que no pudiera conseguirlo, no por carencia de facultades en él, sino porque mi *idiosincrasia* me impide llorar á mí, Vos, Señor, que miráis en mi alma, sabéis que se conmueve de lo más sencillo, como sea grande y bello, y como encierre en sí la noble verdad que de Vos se produce; la noble verdad de que tan hermosos frutos se cosecharían en estos tiempos, cultivándola en el campo de la novela; ese campo que parece de rosas á quien no lo tuvo que atravesar, y

que tan hondos precipicios presenta, encubiertos falsamente con bellas frondas, como el alegre pámpano cubre la sien arrugada del beodo, hasta parecernos real su mentido frescor y su engañosa tersura.

Abril, 26.

III

PEQUEÑECES...

EN EL ORDEN POLÍTICO-SOCIAL... Y MORAL

¡A dónde hemos llegado! Yo siempre creí que la poca moral de *Pequeñeces*... había de producir sensación muy honda. Pero jamás pude figurarme que el yo haber dicho que no la tenía, causara tal perturbación en los ánimos pacíficos. Estoy haciéndome cruces desde por la mañana hasta la noche, y con las cruces no hago más que preguntarme á todas horas: ¿pero es posible que yo sea yo? ¿Todo ese bullir, todo ese cabildeo, todos esos comentarios y ven que te vas, fueron por mis afirmaciones de los otros dos artículos? ¿Cómo será esto sin yo

pertenecer á ninguna compañía que me empuje, que me propale, que me aliente, como dicen, aunque yo no lo creo, que ocurre á otros? En fin, hay que tener resignación, hay que conformarse. Mis ojos lo están viendo y se asombran; pero mis ojos se acostumbrarán. Perded cuidado, no me los vaciaré; Edipo era un bestia.

Éntrame comezón sólo con eso, de decir alguna cosa más referente al trabajo anterior. Hay que confesarlo. Es el tema de donde más substancia se puede sacar. Ocurre con esto lo que con las minas de Hemilce; cuanto más se extrae del precioso metal, más queda en lo profundo; sólo que lo que hay que extraer de *Pequeñeces*... con harto dolor lo confieso, nada tiene de precioso. Pero, me urge entrar en materia que justifique el título de estas líneas, y guardaré *lo otro* (ya sabéis lo que es lo otro) para mejor ocasión; os juro que no andaré reacio en aprovecharla si se presenta.

Diré como principio, que no me parece propio soltar ahora algunos parrafazos de política histórica que sonrojarían á muchos, haciendo rabiar á los restantes. Para lo que yo quisiera, no es preciso hablar de política más ó menos

trasnochada; con hablar de la *política* de *Pequeñeces*... sobra. Y hé aquí lo de la *clave* á que alude la sapiente sacerdotisa de los Goncourt. ¿Existe, en efecto, esa clave? No sé qué decir. Absténgome, pues, en este punto. Si los personajes de la novela son de carne y hueso en realidad, yo no los conocí; y como soy descontentadizo y sólo me satisfago con lo que veo, no iré de Ceca en Meca preguntando á Fulanito y á Menganito sobre el particular, para que cada cual me diga lo que le dé la gana según su criterio ó su intención, como habrá sucedido á quien yo me sé cuando discurría de un lado para otro, informándose de la mucha ó poca honradez de las damas de nuestra nobleza.

Lo que el P. Coloma intentó poner más de relieve es el raquitismo vergonzoso de esa nobleza española, el enervamiento en que cayó, su mala sangre, su frivolidad, su chabacanería. Para el noble varón, sólo hay una nobleza degenerada, enfermucha, podrida, sin sostén y caminando ciega. Claro es que esta aristocracia á quien el P. Coloma alude, pertenece al bando del hijo de la Señora; es alfonsina y no puede ver al buen Carlos ni en la punta de una

bayoneta. ¿Se necesitan otras razones para que la aristocracia española de *Pequeñeces*... sea lo infame que es? Claro está que en tratándose de nobles que no comulguen con hostias liberales, más ó menos conservadoras, veréis que el jesuita lo presenta, *por muy tipo* que sea en sí, con una cierta capa de simpatía; y aunque no nos lo tire al rostro abiertamente, en algunos rasgos, troneras por donde el pensamiento cristalino del Padre asoma, se barruntará que ese personaje carlista está muy lejos de ser raquítico y que su sangre es buena, y hasta se descubre, en apretando un poco las cuñas, que podríamos sacar del modelo en cuestión un gran héroe shakesperiano. Fijaos, si os queréis convencer, en el tipo de la baronesa de Bivot, *alias* Zumalacárregui. Coloma podrá no pertenecer al carlismo, pero en su novela, pertenece; no hay en ella más política que la de don Carlos; no hay más *religión* que la de Loyola. Insistir sobre esos puntos no estaría bien, por las razones expuestas al principio; voy ahora á la cuestión social.

Si hemos de oír á unos, bajo esta fase, el libro entraña un fondo gravísimo; otros opinan, y yo pertenezco á los segundos, que Coloma no se quiso meter en tales honduras. Yo, sí, voy á meterme, pero analizando lo que podría ser, sin dar por seguro que sea.

Pensando por mi parte, más, tal vez, de lo que Coloma haya pensado, no hay que levantar los ojos para ver la cuestión social; no está en la altura, sino en la hondonada; no tiene tronos, sino pocilgas; no hay que dirigirse á la nobleza sino á la plebe...

¡Bueno estaría que yo las tomase ahora con los pensamientos más ó menos hondos, vertidos recientemente por nuestros grandes hom-

bres (y nuestra mujer) en la política ó en la literatura! No, señor; lo que quisiera deciros se reduce solamente á que hubo muy buena intención y mucho patriotismo en todo; pero una cosa es beber y otra ir por agua. No obstante lo que se dice, de que el trabajo intelectual es mucho más penoso que la ruda labor mecánica de un oficio, estoy seguro de que cambiarían de un modo muy notable, ideas que parecen hoy de profundo arraigo, si cualquiera de los que miran las ocho horas como una monstruosidad, tuviese que trabajar un cuarto de hora solamente lo que el obrero trabaja, y en las condiciones que él lo hace. Aquí puede salírseme al encuentro con multitud de razones expuestas ya mil veces, de la imposibilidad de que un sugeto nacido en otra esfera, educado de distinto modo física y moralmente, sin costumbre de faenas rudas, consiga desempeñar *su papel* durante un cuarto de hora siquiera. Ya sé yo que por esa pauta, como por la otra de que hay obreros á quienes se les podían conceder lo que piden, porque su labor es más fuerte, podrían levantar delante de mí montañas inaccesibles al parecer, ¿lo entendéis? He dicho al parecer, porque para ser oído mejor,

yo me subiría sobre esas montañas, alto, muy alto, como Currita, por ejemplo, sobre la cúspide de su cinismo, y perdóneseme el símil: no encontré al pronto una cosa más alta.

Sea como fuere, y dejando para otra ocasión (temo que no venga) el análisis del asunto obrero, tócame decir ahora que ese asunto es un inmenso tumor que ha salido á la sociedad moderna, por su incuria, por su dejadez, por su abandono vituperable. ¡El día que el tumor se reviente, ahogará en virus, todo aquello de que esté rodeado! Tardará mucho, no hay que dudar; pero los *prevenidos*, van preparándose para resistir, en lo posible, el naufragio tenebroso. Lo comprenderéis; esto no reza con individualidades aisladas, que morirán de seguro sin oír de cerca el *rugido del león airado*, que tan dócil parece hoy, aunque en tal ó cual punto de Europa, como por vía de distracción, dé anualmente alguna zarpada. Esto, la razón lo dice, tiene que rezar con las grandes instituciones, el clero una, y dentro de ella la Sociedad de san Ignacio, de quien no es amigo ciertamente *lo que* con su terrorífica presencia nos amaga.

Pues bien, aquí puede observarse, y lo que

resulta de la observación se nos hunde en el pecho como puñal agudo, la *prudencia*, el egoísmo de vida de la santa Sociedad, si es cierto lo que se presume. Se pertrecha de *vida* para después, y para ello no hay más que un camino: el de obedecer ciegamente la consigna misteriosa á que el clero parece entregarse, de aprovechar todo resquicio por donde pueda meter el rayo de luz de que *está* con el trabajador, con el pobre, con el desvalido; que le defiende, que le anima, que se hace su campeón, en fin, captándose de tal manera el aprecio de los oprimidos de hoy, que podrían muy bien tarde ó temprano imponer el yugo, aunque fuese de pasada, pero con tiempo suficiente para tomar sobroso desquite. Vedlo, en el púlpito, en la cátedra, en las Pastorales de los obispos y hasta en la Encíclica última del Pontífice, que censura violentamente los excesos de los grandes y truena contra la inmoderada acumulación de riquezas.

Como podréis suponer, para este trabajo, la Compañía es un auxiliar poderoso, por su sabia organización, por su poder innegable... aunque se me figura que hay más leyenda, en eso, que historia; aunque crea también, por lo demás,

que en los jesuitas, hombres al fin, habrá bueno y malo, como en todo, y aunque me complazca, por último, en creer, porque creo en Dios, que es más lo bueno que lo soez, porque es *lo sano lo que prepondera*.

En suma; lo que podríamos encontrar escudriñando muy hondo, detrás de *Pequeñeces*, en lo que atañe al principal tema de este artículo, es el cuadro, muy negro á la verdad, de los jesuitas, volviendo la espalda á un sol que ya consideran en su ocaso, para ir aproximándose á otro sol que no luce aún en Oriente, pero cuyos reflejos, sin dejarse ver, queman ya las retinas.

Mayo, 9.

IV

PEQUEÑECES...

EN EL ORDEN LITERARIO... Y MORAL

Lo habréis notado. Ni una sola vez se me escapó nada que oliese á romanticismo, realismo, naturalismo, y toda la fraseología que es de regla usar como se hable de literatura. Me son antipáticos esos *ismos*, inaguantables, que sólo sirven para involucrar y para volvernos locos. Figúraseme que sin esa algarabía de palabrotas, el *negocio* de la literatura estaría mucho mejor montado y sabríamos á qué atenernos con más precisión. Créanme: esos *ismos* olerán á Academia siempre que se pronuncien... ¡Horror! Semejante palabra, no más, hace que

uno se esconda, con escozores de chiquillo á quien persigue el coco; pero se me figura también que Coloma, como Eneas á Cerbero, ha sabido presentarle su golosina; la golosina aquí, por más que uno no lo quiera ver, es el estado social del autor, la sotana, la dichosa sotana, talismán misteriosísimo que cubre los ojos de la decrépita musaraña de la calle de Valverde... Musaraña con salvedades, señores míos, eso sí. ¡Qué dolor que no pueda hacerse una Academia *chiquita* con los inmortales verdaderos que en la Academia hay! Corto aquí, de pronto, para hacer un augurio que podría parecer una monstruosidad. ¡Qué chasco que Coloma entrase en la Academia antes que doña Emilia! Fuera una injusticia de verdad; mi noble amiga de otros más felices años (siempre excelsa para mí), tiene méritos indiscutibles que no suma aún el P. Coloma, ni con el escándalo de *Pequeñeces*...

Volviendo á lo que decía, pega muy bien ahora lo de la inteligencia y suavidad con que fueron arrancados los dientes al lobo. Eneas entró con su libro echando á unos el terrón de azúcar de los palos á la aristocracia y enseñando á otros la tonsurada cabecita. Así pasó por medio, entre el asombro general, sin que quisiera ver nadie lo que en otros artículos expuse. Al decir nadie, aludo á la gente de fuerza, la sabia, la que analiza, la que erige pedestales y los destruye. ¡Se llevó todo el mundo de la primera impresión! Falta ahora que empiecen á salir los que pondrán las cosas en su sitio, los que han esperado que baje la gran marejada. La reacción tenía que venir y

ya viene. Saldrán, no lo dudo; lo veréis. *Clarín*, ese es uno de los que ansío leer. Ya apuntó algo en el *Madrid Cómico*, pero no es bastante. Ofreció decir más, y ha de cumplirlo. Casi me parece que Coloma está salvado con respecto á *Clarín*. ¡Lo de siempre! ¿Se bañará Leopoldo Alas en agua de rosas, leyendo la opinión que de la nobleza española hace el eximio varón de la Compañía? No sé si desconfiar de que *Clarín* no muerda el cebo. ¿Y Picón? ¡Diría cada cosa! Si las dijo ya, no las leí... pero se me figura que las estoy leyendo. En cuanto á Palacio Valdés, seguramente se propone ver los toros desde la barrera. Rafael Altamira, Emilio Bobadilla, venid todos, ya es tiempo. Apostaría cualquier cosa á que nadie da la razón á doña Emilia, aunque todos sean devotísimos suyos.

En este instante (once de la mañana) me envía el editor López un folleto titulado: *Currita Albornoz al P. Coloma*. Dicen que es de Valera; nada tendría de particular, por la mesura, la pulcritud y el escogido modo con que se escribió. Si no es de Valera, humillos y aun llamaradas hay de él. Me alegraría que fuese, porque mi satisfacción de haber coincidido con

él en muchos casos sería más grande. La carta de Currita es un documento que habrá ejercido gran influjo en el P. Coloma, aparte de que Curra «crea que de haberse dejado el autor de diatribas sociales, á la vuelta de algunos años, podría decir á dúo con doña Emilia Pardo que la literatura española se regocija y honra con el advenimiento de otro gran novelista.» Deploro vivamente tenerlo que confesar: con la novela de Coloma no sucedería eso. ¿Sabéis por qué? Porque *Pequeñeces*... sin la diatriba social, no se hubiera leído; necesitaría escribir Coloma muchas novelas para conseguir con todas ellas juntas una mínima parte del éxito que logró con *Pequeñeces*... Vea, por lo demás, quien haga memoria de mi segundo artículo, si hemos coincidido ó no en otros puntos muy principales: «Para consolarnos (habla Curra), V. nos dice que las tales señoras vendrían á ser catorce; poco más de una docena; pero hay millares de damas virtuosas. Por desgracia, estas damas, ó no se ven en la novela, ó sirven de comparsas, de comitiva, y hasta de peana, á las desaforadas y escandalosas cuyo trono encumbran y á quienes llevan como en andas...» ¡Bravo por Currita!

Yo sigo ahora, y hablaré de las hembras de *Pequeñeces*... Son innumerables; se destacan, aunque como tipos muy secundarios, las marquesas de Villasis y Sabadell. La de Villasis sería un tipo moral perfecto sin las exageraciones de beatitud que le hacen cometer algunas tonterías. La de Sabadell es una esposa que se contenta con llorar el abandono del marido, y aunque el autor no lo dice, figúraseme que se pone para llorar muy fea; no tiene pensamientos grandes, provocados por su dolor ó por su integridad. Las mujeres que restan son unas *tiochas*, capitaneadas por Currita. El *indecentillo* de Leopoldina Pastor, es hermano carnal del *dedo* de Pulido. Todo esto resulta, analizando minuciosamente y con severidad extremada, lo confieso; analizándolo como debe analizarse un libro de aceptación tan ruidosa. El lector, generalmente, no lo ve. Lo ve el *amateur*, el literato, el de oficio, porque es más difícil que se absorban, como los otros, con las gentilezas, con los donaires, con el velo de la gracia que envuelve todo lo que el *gitanísimo* Padre escribe; porque Coloma, antes que novelista, antes que religioso y antes que nada, es andaluz.

Hablaré algo de los hombres de *Pequeñeces*... Juanito Velarde, un buen muchacho, seducido por las *gatadas* y los oropeles de Curra; el marqués de Butrón, con sus escobadas para adentro; Pulido, el inseparable de Butrón (es decir, Pulido no, su dedo, que es quien desempeña el papel de Pulido); Jacobo Sabadell, el más charrán de la cuadrilla y el que resulta más tonto por los candores de Coloma; Villamelón el *aúreo;* tío Frasquito, el estúpido; Diógenes, el cínico, y un par de jesuitas que son dos santos; eso ya lo supondrá el lector. La muerte de Velarde, uno de los que podían *moralizar* en el trascurso de la obra, es tremenda: ¡cómo caen aquellas ilusiones por el suelo, bajo la segur terrible! Estremece, pero es grande y hermosísima la situación; yo la aplaudo, aunque llore la muerte inoportuna de Juanito. Butrón, aparte de que sea real ó no, original ó copia (ya dije que no estoy en lo de la *clave)* es de buen corte. Pulido, insulso con su dedo y todo. Sabadell, no es el cerebro reventando de savia, aunque fuera para el mal, que de ese hombre debía esperarse; su muerte encierra una inverosimilitud; es digna coronación del tipo, que acaba de predisponer en contra; en

ese personaje no hay gradaciones, ni verdad, ni estética, ni nada. Villamelón y el tío Frasquito están fuera de la linde, por exagerados en la ridiculez. Queda Diógenes; tenía que morir y murió, pero no de muerte natural (tómese en los dos sentidos en que podemos tomarlo).

Apuntaré una cosa, de que no quiero olvidarme. No soy partidario de los muchos personajes en las novelas; resultan todos sin definir, como el novelista no esté dotado de ese maravilloso poder de retención del estado interno de los demás y el poder, maravilloso igualmente, de saberlo *exhibir*, con un solo rasgo, como el autor de *Guerra y paz;* cito esa obra, porque en ella, más si se quiere que en *Ana Karenine* y en *La sonata de Kreutzer*, ha demostrado Tolstoï su condición admirable. De otra manera, vendrá inevitablemente la confusión de caracteres, tornándose todo en el libro una masa incolora de que el lector tendría que ir formando las líneas internas á su gusto.

Metiéndonos ya en otro orden de cosas, no soy de los que juran y perjuran que el novelista ha de descartarse por completo de su personalidad. Dígase lo que se quiera, muy pocos son los que hacen eso (los que lo consiguen, para hablar más claro). Galdós, uno. Pero no importa. Yo creo que *un poquito de autor* á través de las páginas, sienta bien en ocasiones; es así, como una especie de sello que el hombre da al libro y que sirve al lector para que se

le reconozca; comunidad muy grata, manteniéndola discretamente. A los *impenetrables* se les admira, sí, pero no cunden, mal que pese á los amigos de Flaubert. Coloma trasparéntase como ninguno, sin velos ni cortinas que valgan; á Coloma se le ve detrás de su factura, como se ve reflejar en las aguas la yerbecilla del remanso. Esto, en lo que se refiere á su *religión*, á su *política*. Tocante á la moral del libro, me complazco en creer que es Coloma todo lo contrario de lo que parece. ¡Medrado estaría el ínclito varón si nos diéramos á creer que juzgó á los demás por sí mismo!

Y ya tenemos otra vez sobre el tapete el punto más escabroso. Ya estamos otra vez en el punto moral, en la horrenda nota naturalista. No es solamente al P. Coloma á quien aludo sino á la *madrina* de *Pequeñeces*..., á la señora Pardo. Por condición de su sexo la una, por su carácter sacerdotal el otro, figúraseme que no pueden estar en antecedentes del naturalismo, como nosotros los hombres, míseros mortales que no hemos tenido la gloria de nacer hembra ó de ceñir hábito ninguno, como no sea tal ó cual de los que en el pícaro mundo se aprenden. Ahora, si una mujer y un cura se

reconocen en la tal ciencia tan profundos como un hombre, peor para ellos. Mi condición optimista me hace partir del principio de que por razones naturales de decencia y buen ver, se hallaban más lejos de la materia *elaborable* del naturalismo, aguas detenidas del pantano y no aguas del Leteo como pluguiera á Dios que se volviesen de pronto cuando van á abrevarse á ellas imaginaciones de poca ó mucha brillantez, pero sin dominio bastante para resistirlas. Excelso Padre, genial señora: hubo un tiempo, que podríamos llamar de romería naturalista, un tiempo en que todos creímos de buen gusto ir como en peregrinación á poner nuestra piedra en la fontecica milagrosa y mojar la frente; pero vosotros no sólo habéis llegado tarde y no sólo mojasteis la frente, sino que os dió por beber hasta la hartura. Excelso Padre, genial señora, permítanme revelar el secreto de una vez: cogisteis una *borrachera* de naturalismo.

Sabedlo, aunque se me castigue por mi arrojo: lo que es de naturalismo, estamos ya hasta la coronilla, como lo comprenderéis en el sabor de boca de vuestro despertar; no lo podemos ver; y en este odio á la *materia* no excluyo á nadie. Lo sienten todos, sólo que unos tendrán

el valor de confesarlo y otros no. Es *lo sano lo que prepondera*, y por eso se necesita una literatura sana; *una cosa* que casi sea romanticismo, encajándola en nuestro crisol de *fin de siècle;* esto pido y no crean que voy á convertirme por esa causa en escritor «para almas pías y asombradizas», ni que quiera ahora reproducir tipos fantásticos, en fuerza de ser realistas, como algunos de Barbey-D'Aurévilly. Dickens, el más romántico de los escritores realistas,—Clarín tiene razón—ese es el modelo, no como raíz, no como dogma, sino como impresión solamente de lo que debe ser. ¿A qué meternos con los demonios de Dante, si están ahí los ángeles cristianos de Cimabue? Ya lo veréis: Zola escribirá nuevamente *Páginas de amor;* imperarán *Poquita cosa* y *Marianela; Amor vendado* y *Oliverio Twist,* centenares, en fin, que pudiera citar... y allá veremos, allá veremos, como se nos presenta en *Le Débâcle* el pontífice del naturalismo.

¡Leré, divina Leré, tú me comprendes! Tus bailarines ojos penetran en mi pensamiento como espadas de luz, y se hunden en estos gérmenes de que Dios querrá algún día hacer materia substanciosa. Entre tanto, yo te saludo

respetuoso, divina Leré; no sé qué fin será el tuyo, pero confío en tí como la piedad cristiana confía en Dios.

Mayo, 10

V

RESUMEN... Y MORAL.

¿Por qué titulé estas páginas *Un libro funesto*? ¡Ay! Ahora, particularmente, quisiera dirigirme á dos amigos míos, de Málaga: D. José Gálvez y D. Francisco Bergamín García; en sus asuntos del comercio el primero, en sus trabajos del foro el segundo, donde tanta fama alcanzó, ¿se acordarán de lo que trabajaron, sin éxito, para que yo me apartase de *la mala senda*? ¡Ved si me aparté, que considero funesto el libro de Coloma! No funesto, por las tendencias que en él se encuentren más ó menos señaladas, de un ideal en política; no funesto, porque entrañe ó pueda entrañar un fin

preconcebido de atraerse la voluntad de una clase que piensa con el corazón, que se enfurece y espanta como el mar, pero á quien se contenta y se halaga como al niño; no funesto por sus incongruencias literarias; no funesto por sus errores intencionados tal vez, como le encaminen al éxito que se propusiera; no por la falsedad de caracteres de la mayoría de los personajes, ni por las citas equivocadas, ni por las incorrecciones de estilo. Funesto, tristemente funesto, por la perturbación que ha causado. Perturbación, sí, porque ese libro que no debe leer ninguna mujer digna, se escribió sin embargo para que lo leyeran todas, y todas lo leerán. ¡Triste poder de un sacerdote, que no consigue con una novela honrada, el laborioso, el infeliz escritor, que lucha por el sustento de sus hijos! ¿Qué importa, con todo eso, que tenga algunas bellezas? Algo y aun algos hay en *Pequeñeces*..., Sr. Balart, pero no lo bastante, ni con mucho, para que ante las conciencias sensatas se oculte lo funesto de ese libro.

¿Y qué? No he de culpar á Coloma principalmente. Coloma, en resumen, sin sus tendencias por *ésto* ó por *aquéllo*, sin su *diatriba social*, sería un escritor, frío siempre, de cabeza

más que de alma, negación absoluta de lo que en su país se ve, pero un escritor atendible y muy digno de tenerse en cuenta. No es á él, digo, á quien culpo, de la *introducción* de *Pequeñeces*..., sino á quien primero habló del libro y á los que hablaron luego, en pro ó en contra. Lo mismo merecía *Pequeñeces*... que nosotros habláramos de él, que merecían las *catorce malas pécoras* del cuento, que Coloma las mentase.

Pequeñeces... resulta todo lo contrario de lo que el padre Coloma dice en su prólogo que es; la coraza del prólogo con que quiso revestirse, va haciéndose pedazos durante la lectura, y por sus brechas no asoma el sol; aproximad el alma y sentiréis el desasosiego extraño que nos infunde la medrosa pavura de la noche. ¡Triste consecuencia del asunto que se escoja para un libro!

Para concluir: el novelista debe ser puro; la pureza será de este modo el rayo de luz que ilumine el alma de sus lectores; lo hediondo lo saborea el corrompido nada más; lo puro, lo mismo llega al corrompido que al corazón de la virgen, y en todas partes se engalanan de fiesta para recibirlo con músicas y flores.

¿Me equivocaré? ¿Será el libro de Coloma una maravilla de pureza? ¡Ojalá! ¡Con qué orgullo no lo confesaría yo si se me convenciese! Tenemos el empeño de creer que, como no haya algo picante aquí ó allí, que condimente y sazone, no gustará una obra literaria. Maldita sea la primera cosa de esas que yo puse en mis libros, y á Dios del cielo imploro que cuando las ponga otra vez, la mano se me separe del brazo, para eterno escarmiento de locos incorregibles.

FIN.

ÍNDICE

PÁGS.

I.—Pequeñeces... 9
II.—Pequeñeces... en el orden moral. . . . 19
III.—Pequeñeces... en el orden político-social.. y moral. 33
IV.—Pequeñeces... en el orden literario... y moral. 43
V.—Resumen... y moral... 57

Obras de Martínez Barrionuevo

EL DECÁLOGO.

Amar á Dios (2.ª edición)	1'50 ptas.
No jurar	1'50 »
Santificar las fiestas	1'50 »
Honrar padre y madre	1'50 »
No matar	1'50 »
No fornicar (3.ª edición)	1'50 »
No hurtar	1'50 »
El falso testimonio	1'50 »
La mujer ajena	1'50 »
Los bienes ajenos	1'50 »

La Condesita	2 »
El Sepulturero de Aldoba	3 »
La Generala (2.ª edición)	3 »
La Quintañones	4 »
Señores de Saldivar. 2 tomos	6 »
El Padre Eterno (2.ª edición)	4 »
Los grandes criminales. Cuaderno	0'50 »
Andalucia, edición monumental. Cuaderno	1 »
Juanela	3 »
De pura sangre	3'50 »
Un libro funesto	1 »

Barcelona: Tipolitografía de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.